

Una doble decisión

Cuando se celebra una boda, todo es fiesta. Es bueno y hermoso que sea así. Pero nunca la exaltación debe hacer perder el sentido de la realidad. Una cosa es la alegría del encuentro, del ágape, de los justos motivos que haya para una celebración, y otra muy distinta, el «evadirse» de lo real por las vías de un furibundo entusiasmo, el alcohol, la droga o simplemente el olvido.

Digo todo esto porque, en la solemnidad gozosa de las nupcias, los contrayentes tienen claro que optan por el «estado de casados», abandonando el de solteros. Lo hacen con plena lucidez, libertad y es de suponer que con verdadero amor.

Pero olvidan, en general que en ese momento de compromiso y entrega mutua están optando, a la vez libremente también, por otro *estado* imparable: el de viudos. O él, o ella. Escasos son los matrimonios que mueren simultáneamente: un accidente de carretera... o una explosión de gas mientras duermen...

Lo «normal», es que, precisamente por casarse, uno u otro, después de ese estado matrimonial pase al estado de viudez...

Quienes no quisieran correr el albur de ser viudos, que no se casen, pues hacerlo es tener, ya desde el primer momento, la mitad de las posibilidades de llegar a ese otro estado.

Quizá no sea oportuno recordar esta correlativa opción a la viudez mientras se desarrolla con flores y cánticos nupciales la ceremonia, ya sea civil o religiosa. Pero sí que los novios, antes de dar ese paso, lo han «de tener claro» y han de abrazar esa segunda dimensión de su decisión con la misma lucidez y libertad; con humilde aceptación y redoblado amor.

Alfredo Rubio de Castarlenas

Para acceder a
más artículos
y escuchar el
audio de este:



Obstinadamente esperanzados

No está de moda, lo sé. Se lleva más el pesimismo y, si se puede, el catastrofismo. ¿Y qué?

A muchos les sonará a ingenuidad y a palabrería vana. Y, tal como van las cosas, a algunos incluso les podrá parecer reaccionario, vé a saber... Pero yo estoy convencida de que se trata de esas cuestiones que ayudan a sacar adelante la vida con dignidad humana. Y digo «humana» porque lo propio del ser humano es vertebrar la esperanza y dotarla de contenido sólido, así como mantenerse firme ante las dificultades, que la fortaleza no es otra cosa. Y hablo de dignidad porque esta proviene de la fidelidad a aquello que nuestro ser humano puede ser en la mejor de sus concreciones, aunque nunca exento de limitaciones.

Es una manipulación grosera la que nos hace asociar ciertos conceptos a un tipo de debilidad de carácter, cuando la verdad es al contrario. La tenacidad en aquello que es necesario, en aquello que vale la pena, es expresión de lo que, en palabras de Adela Cortina, sería una «razón diligente», con corazón; por oposición a una «razón perezosa», que no encuentra motivación para obstinarse en aquello que conviene que sea. Y a menudo resulta titánico esforzarse por encontrar los soportes recónditos que puedan sustentar nuestras esperanzas, en lugar de lanzar la toalla y dejarse llevar por la decidia.

La esperanza tiene la estabilidad, tanto en la capacidad de mirar más allá como en el hecho de profundizar dentro de la realidad. Porque la proyección hacia el futuro no se da con solvencia, sino desde la concordia con el presente y, por tanto, con el pasado. La esperanza tiene fundamento si radica en la realidad y sus potencialidades. En cambio, son vanas las esperanzas faltas de fundamentos. No podemos esperar cualquier cosa, ciertamente. Y no hemos de fomentar esperanzas cuando no hay ninguna razón para hacerlo. Ahora bien,

hace falta una sensibilidad extremadamente sutil para concluir si hay motivos para la esperanza o no. Porque, a menudo lo que nos falla es la vista y no sabemos ver donde hay.

Por eso la esperanza se conjuga con la obstinación. Porque es necesario un esfuerzo –lúcido y cordial, eso sí– para descubrir lo que es recóndito de la realidad, cosa que necesita mucho más que una primera mirada o lectura superficiales. Lo que es fácil es desalentarse ante las dificultades en la consecución de las cosas. Y es lógico el cansancio, claro que sí. Pero, por eso hay que respirar a fondo y recuperar una mirada prístina que, desposeyéndose de las dificultades experimentadas –habiendo aprendido de estas–, nos retorne al motivo original, al horizonte acariciado, a las expectativas anheladas... Todo esto porque preludia un futuro que, a pesar de la dureza del camino, nos parece deseable. Y aún mejor: porque trabajar para eso dota de belleza y sentido a nuestro presente que, en último término, es lo único de que realmente disponemos.

Leía en algún lugar que somos responsables de lo que hacemos con nuestros pensamientos, de rechazar los que son inútiles y desgastadores y de cultivar los «saludables, bellos y poderosos». Seguramente aquí radica una parte de la diferencia que hay entre que nuestras esperanzas se rompan o que encontremos motivos para obstinarnos en ellas.

Natàlia Plá

Para acceder a
más artículos
y escuchar el
audio de este:

